

¡DICHOSA NENA! ¡Canta que canta! Las armonías de los tonos no las sientes aún, y de las desarmonías en el gran mundo no sabes nada todavía. Te gusta el canto tal cual te sale de la boca. Todo es armonía para ti; porque tú misma eres toda armonía.

¡Dichosa nena! Para ti todas las rosas sólo tienen pétalos y deliciosa fragancia — y ninguna espina. Para ti el cielo está tan lleno de sol, que no ves lo sucio del barro. En tus labios perdura la sonrisa desde la mañana hasta la noche, y cuando duermes estás sonriendo todavía con los ángeles, porque no sabes que hacer con las lágrimas. No sabes aún que Dios las ha dado al hombre para limpiar los ojos y purificar el corazón. Te parece tan natural que el corazón no se ensucie nunca, y que, para limpiarse los ojos debería bastar el rocío de la noche.

¡Dichosa nena! Sigue cantando y no dejes de tocar el piano, para que no oigas los estallidos de las mortíferas bombas que siempre todavía siguen cayendo de los aires, y para que no te atemorice el llanto de mujeres y hombres y niños, pequeños como tú, que están agonizando, destrozados sus cuerpecitos y bañados todos en su propia sangre, porque hombres, muchos hombres, han recibido órdenes de sus superiores de matar, matar y matar.



Cuando duermes estás sonriendo todavía con los ángeles . . .

# ¡Dichosa NENA!

por  
ERLINDA N. RODRIGUEZ

*Colegio de Artes Liberales*

No interrumpas, preciosa nena, tu concierto, para que, no haciendo nada, no encuentres un diario con fotografías, donde veas niños, muchos niños descalzos, con el vestido roto, las mejillas hundidas y la carita tan triste, tan pálida en medio de ciudades en ruinas y nadie te diga que es por la guerra y lo veas con tus propios ojos, que los hombres se han hecho más fieros que la fiera, más lobos que los lobos, y que así pierdas toda esperanza en los hombres y te sientas desilusionada del mundo entero.

¡Dichosa nena! Cuando tienes hambre, vas a mamá — y siempre hay algo. Pero, ¡cuidado con preguntar: cuánto tiempo tuvo que

trabajar tu papá, para que a ti no te faltara nada! También te aconsejo ser prudente y no preguntar cuánto tuvo que pagar mamá por la leche que tanto te gusta; si no, podría ser que no te gustaría más la leche, ni pan, ni frutas, ni carne y entonces empezarías a afligirte mucho y tal vez tomes rencores, y — ¡adiós canto y piano!

¡Dichosa nena! No dejes de cantar nunca tú: "Oh María, Madre mía . . ." No te equivocas cuando la crees ver; porque está en el cielo, como tu madre carnal está a tu lado. Ella es, como lo crees, buena, cien veces más buena y mil veces más poderosa que tu mamita de la tierra. Te ve Ella y te oye, y como

tú la quieres, ella te quiere a ti.

Tampoco debes desaprender nunca el canto: "Cantemos al Amor de los amores." Porque las gentes mayores no creen más en el amor de Dios. Saben que Dios mismo ha dicho: "Arrojad todas vuestras preocupaciones en Dios, y Él os aliviará." Pero no lo creen. Las aguas de las tribulaciones les llegan hasta la boca, y se vuelven nerviosos e incrédulos. Tú no puedes comprender todo esto, porque ves todos los días a los pajarillos, como vuelan y cantan, a pesar de que nadie les da comida; porque tú lo sabes bien, que es Dios que les da de comer. Y los lirios y flores del campo: ¡claro que tú tienes razón!, Dios los viste. ¡Y qué bien los viste! Ninguno de tus vestidos es como uno de ellos.

¿Sabes una cosa, nena? ¡Hagamos un contrato! ¡Nosotros, los grandes, por un lado, y tú por el otro lado! Tú debes seguir cantando y tocando el piano, para que nuestra vida no nos venza y nuestra fe en Dios no vacile — y nosotros haremos todo lo humanamente posible para que nadie te robe el paraíso de tus años, donde ambulabas todavía con Dios, en compañía de los ángeles. #